

rescatar la sociología

gonzalo cataño

"Tarde o temprano, una ciencia debe ... levantar la cabeza y decir algo definido".

George C. Homans, *La naturaleza de la ciencia social*.

I

¿Qué pasó con la sociología en Colombia? Es la pregunta más corriente que se hacen los interesados en las ciencias sociales del país. Si durante la década del 60 hubo una profusión de estudios y de investigaciones empíricas sobre diversos problemas nacionales, en la década siguiente la sociología se refugió en una discusión teórica y metodológica que no logró superar los estrechos marcos de un grupo de iniciados. Se abandonaron las investigaciones y los practicantes de la sociología dedicaron sus mejores esfuerzos a una piadosa lectura del pensamiento europeo de los siglos XVIII y XIX o se pasaron a otros campos de la ciencia social, como la economía y la historia. Se rechazó la sociología propiamente dicha y sus representantes, con raras excepciones, se diseminaron por el mundo de la epistemología, de la crítica política o de las grandes interpretaciones histórico-económicas del país.

Durante la década del 60, los sociólogos colombianos habían mostrado una gran sensibilidad por los problemas nacionales. Adelantaron importantes trabajos sobre *La violencia*, los movimientos estudiantiles, los procesos de urbanización, la migración rural-urbana, la movilidad social, las estructuras familiares, la tenencia de la tierra y las prácticas médicas en diversos sectores sociales. Allí se emplearon las más diversas técnicas de investigación social: el cuestionario y la entrevista, la observación, los estudios de caso y los intensivos trabajos de campo en comunidades y en regiones de alguna extensión. Era la época en que se estaban aplicando en Colombia las modernas técnicas de investigación social desarrolladas por los sociólogos y los antropólogos europeos y norteamericanos. Muchas de estas investigaciones contribuyeron, además, a impulsar programas de desarrollo social, abriendo las posibilidades para una sociología aplicada en el país.

Pero este esfuerzo no logró consolidarse. Lo que a primera vista parecía un desarrollo pausado y firme, estaba edificado sobre fundamentos institucionales muy endebles. A finales de la década del 60, la universidad entró en un largo período de crisis y las facultades de Sociología fueron el blanco del Estado y de algunos esta-

mentos universitarios. Los agentes del Estado la motejaron de subversiva y peligrosa para la estabilidad social y los estudiantes y los jóvenes profesores vieron en ella una forma sutil de penetración del imperialismo en los recintos universitarios. Unos y otros parecían tener razón. Camilo Torres, uno de los más prestigiosos profesores de sociología de la Universidad Nacional, había ingresado al movimiento guerrillero; y el plan Camelot en Chile y el Simpático en Colombia, ambos auspiciados por agencias norteamericanas, estaban dirigidos a estudiar los mecanismos de contrainsurgencia en América Latina.

El resultado final fue el repudio de la sociología por sus mismos practicantes. Algunos la abandonaron y buscaron refugio en otras ciencias; otros se enfrentaron a ella con un énfasis crítico de tal magnitud que la joven disciplina parecía desgranarse en sus propias manos; y otros simplemente la olvidaron. Los furibundos críticos la calificaron de empírica, positivista, ahistórica, ideológica y acientífica. Todo esto llevó a una reforma curricular de las facultades de Sociología, donde las asignaturas más instrumentales de la disciplina, como los métodos y las técnicas de investigación o las teorías sociológicas contemporáneas, fueron reemplazadas por cursos de epistemología, de filosofía de la ciencia, de historia del pensamiento social y de economía política. Ya no se deseaba formar sociólogos con habilidades profesionales, sino "pensadores", mentes capaces de elaborar grandes síntesis de los procesos sociales. Si algún perfil puede delinearse del egresado de estas instituciones, es el de un individuo que se desempeña en las fronteras de diversas ciencias sin alcanzar el dominio de ninguna de ellas, pero que los une un repudio a lo que en alguna época se llamó sociología.

Los sociólogos colombianos perdieron así el objeto y la naturaleza de su disciplina. Desecharon sus métodos, sus técnicas y sus formas de aproximarse a los fenómenos sociales. Rechazaron el contenido y la perspectiva de la sociología, esto es, el estudio concreto de las relaciones sociales, de los patrones de interacción entre los individuos de las estructuras organizativas de los grupos, de las ideologías, de los valores y de las creencias que empujan a los individuos a adelantar determinadas acciones y a concebir su propia vida como algo natural. Abandonaron lo social por algo que creían más firme como lo económico, y dejaron a un lado las investigaciones de problemas concretos por construcciones conceptuales que buscaban la gran síntesis. Pero, al final, su nivel de realizaciones fue nulo, pues los observadores encontraron que detrás de esas grandes elaboraciones no había ninguna base empírica que legitimara sus pretensiones totalizantes.

II

Las explicaciones dominantes de la sociología colombiana durante la década del 70 fueron de carácter económico. Los sociólogos nacionales se interesaron por la penetración del capital extranjero, por la dinámica de las corporaciones multinacionales en América Latina, por la introducción del capitalismo en la agricultura y por el sistema de clases y la organización política como mera expresión de intereses materiales. Los marcos de referencia provenían del marxismo, y más estrictamente de la economía política, que para el momento se presentaba en el escenario académico como la forma más acabada de estudiar toda clase de fenómenos y procesos sociales.

Este énfasis era consciente o inconscientemente una respuesta a las limitaciones teóricas y metodológicas de los estudios de la década anterior. Sin duda, la sociología de los años 60 presentaba algunos problemas. Muchas de sus observaciones y de sus descripciones eran todavía muy ingenuas y el tratamiento de sus datos y de sus marcos de referencia requerían de una elaboración mayor. Además, sus pretensiones de alcanzar un nivel amplio de aplicación a problemas sociales inmediatos y restringidos (como el desarrollo de la comunidad), tendía a olvidar el conjunto de fuerza políticas y económicas que informaban la dinámica general del país. En algunos casos había relegado a un segundo plano la economía y la historia y había dado un gran peso a las explicaciones culturalistas de los comportamientos sociales.

Pero los críticos de esta sociología tendieron a olvidar sus grandes aportes y se volcaron contra ella con la furia destructiva de toda actitud negativa que no desea aprender de las lecciones del pasado. La rechazaron por descriptiva, por ahistórica, por micro-sociológica y por la ingenuidad de pretender cambiar el estado de cosas a través del desarrollo de la comunidad. Sin embargo, la sociología de la década del 60 era mucho más que esto. Había reivindicado para las ciencias sociales el estudio científico de los problemas del momento; había comenzado a legitimar un campo profesional para los sociólogos; había familiarizado a los investigadores con las modernas técnicas de investigación social; y había abierto el camino para una aplicación sistemática de los hallazgos científicos a los programas de desarrollo social. Tenía, así mismo, una gran sensibilidad por el valor de los datos y por las dificultades de toda generalización que no estuviera debidamente fundamentada. Sus mejores trabajos, además, no podían ser tachados de ahistóricos. Las primeras investigaciones de Orlando Fals Borda, el fundador de la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional, ofrecieron un variado uso de archivos nacionales y locales

para el estudio de la evolución de la tenencia de la tierra en la región cundiboyacense, que tuvieron después gran influencia en los historiadores. Las primeras investigaciones de Virginia Gutiérrez de Pineda sobre la familia en Colombia, desarrolladas en las fronteras de la sociología y la antropología social, partieron de un escrutinio de las fuentes coloniales. Y, finalmente, las investigaciones sobre *La violencia*, aportaron valiosos materiales histórico-clasificatorios que todavía no han sido superados.

Esta actitud de rechazo al pasado inmediato, no fue solamente una postura nacional. También en otros países de América Latina ocurría algo similar. Como resultado de la industrialización y de la urbanización de muchos países del área, los científicos sociales se interesaron por las condiciones del subdesarrollo y por sus relaciones con el sistema capitalista mundial. De estas reflexiones nació la teoría de la dependencia, un marco analítico que tomó aliento a partir de la teoría marxista del imperialismo y que dominó las ciencias sociales latinoamericanas durante la década del 70. Su punto de partida planteaba que el desarrollo de los países de América Latina era el resultado de la expansión del capitalismo occidental y que sólo a partir de allí podían ser explicadas su dinámica y las modulaciones de su historia reciente.

La teoría de la dependencia era ante todo un enfoque económico no obstante sus consecuencias sociales. Ante su amplitud analítica y explicativa, los sociólogos se adhirieron a ella con fervor y al poco tiempo estaban hablando un lenguaje de economistas. Despreciaron el vocabulario sociológico por no ofrecer respuestas coherentes para el estudio de las estructuras económicas latinoamericanas y comenzaron a rivalizar con los economistas por el dominio de un campo con el cual apenas estaban familiarizados. Y, como todo principiante, se dedicaron a hacer exégesis de algunos textos de economía política, a "refutar" las tradiciones de pensamiento que intentaban contradecirlos, y a ofrecer explicaciones totalizantes y sintéticas a partir de citas piadosas de los clásicos del marxismo.

En síntesis, los sociólogos dejaron a un lado su objeto de estudio, las relaciones sociales, por temáticas aparentemente más sólidas y comprensivas. Al tratar de emular o de darle "lecciones" a los economistas que no parecían interesados en alcanzar grandes síntesis, los sociólogos despreciaron su propia temática y se aventuraron por caminos ajenos y extraños. Esto hizo que el estudio de las relaciones sociales más permanentes y organizadas, esto es, el de la estructura social, quedara nuevamente en manos de los aficionados y de los ensayistas de ocasión.

III

La pérdida del objeto y de la perspectiva de la sociología durante la década del 70, situación a la cual todavía estamos asistiendo, se vio en forma mucho más clara en los departamentos de sociología. En los últimos años, las instituciones encargadas de la formación de sociólogos, 11 en total, adelantaron una serie de reformas curriculares hasta el punto de transformar radicalmente los programas de estudio. Frente al énfasis profesionalista del pasado, volcado especialmente hacia el manejo de los métodos y de las técnicas de investigación social y la familiarización con campos especiales de la sociología (sociología urbana, rural, industrial, etc.), actualmente se busca formar generalistas, individuos que sean capaces de discutir los fundamentos de las ciencias sociales y de construir grandes síntesis a partir de los resultados de las ciencias positivas.

La dirección dominante de esta ola reformista fue un retorno a los padres fundadores de la sociología. Los programas se llenaron de cátedras sobre Karl Marx, Emile Durkheim y Max Weber y de seminarios sobre historia social e intelectual de los siglos XVI, XVII y XVIII europeos. El objetivo era estudiar las fuentes de la ciencia social moderna a fin de alcanzar una síntesis creativa de sus diversas perspectivas. Algunos departamentos de sociología han llevado este afán universalista hasta el extremo de que apenas se distinguen de una Facultad de Humanidades o de una Escuela de Filosofía. En ellos se estudia la cultura del renacimiento, el desarrollo de las ciencias y de las artes, la revolución francesa, la filosofía de la ilustración y el idealismo alemán, hasta el punto de dedicar semestres enteros al estudio de Kant y de Hegel. Allí estudiantes y profesores parecen aferrarse con todas sus fuerzas a la *Crítica de la razón pura*, a la *Ciencia de la lógica* y a la *Fenomenología del espíritu* en busca del valor y del significado último de las ciencias sociales.

A esta situación se ha adicionado la más extraña compartimentalización de la enseñanza del legado de Marx para las ciencias sociales. En algunos departamentos existen asignaturas como Marx I y Marx II, además de seminarios sobre los modos de producción y varios cursos de economía política; y en otros se enseña Materialismo Dialéctico por la mañana y Materialismo Histórico por la tarde. Este aprendizaje se hace comúnmente a partir de manuales y de textos generales donde no hay cabida para una discusión amplia de las complejidades del mundo social. Allí las relaciones mecánicas entre la estructura económica y el ámbito de las ideas y de las creaciones culturales son algo corriente, no obstante las controversias adelantadas sobre estos proble-

mas por otras tradiciones de pensamiento o por corrientes modernas del marxismo mismo. Esto ha alimentado la pobreza analítica entre profesores y estudiantes y ha sido el terreno abonado para la vulgarización y las generalizaciones sin límites características de los sociólogos colombianos de hoy día.

Los estudiantes de los actuales departamentos de sociología perdieron así el contacto con su profesión y con los problemas específicos de su disciplina. Sus instituciones formativas quisieron hacer de ellos unos "humanistas" y unos sintetizadores del conocimiento social. La investigación empírica se dejó de lado y los esfuerzos se centraron en la historia intelectual de la sociología y en el desarrollo del pensamiento social. Ello llevó a que los egresados perdieran su imagen profesional y que su futuro ocupacional se fuera restringiendo cada vez más al campo de la docencia universitaria o de la enseñanza media. Ya no poseen habilidades para la investigación básica o aplicada ni destrezas para el diseño de políticas o de programas de desarrollo social. Su rol de sociólogos se fue diluyendo por los terrenos de la filosofía, de la economía y de la historia y exégesis de ciertas escuelas de pensamiento.

De todo esto fue naciendo en los predios de la sociología nacional una prosa alambicada y oscurantista. La claridad comenzó a ser un fenómeno extraño entre los sociólogos y sus representantes aparecieron como el ejemplo más acabado de un grupo de eruditos que tenía muy poco que comunicar a sus lectores. Análisis sociológicos y estilo confuso se hicieron entonces sinónimos, y buena parte de los esfuerzos sintéticos de los sociólogos no fueron más que la expresión de un afán mistificador de contenidos y de explicaciones que historiadores, economistas y filósofos habían logrado exponer con mayor claridad y elegancia.

IV

El abandono de la sociología por sus mismos representantes —por los sociólogos graduados, por los estudiantes y por los profesores de los departamentos de sociología—, es la manifestación más clara de una situación de crisis dentro de la disciplina. Unos y otros no parecen concederle legitimidad a los antiguos métodos y técnicas de investigación, ni a los enfoques, ni a los marcos de referencia elaborados por los sociólogos contemporáneos de Europa, de los Estados Unidos o de América Latina. A sus ojos aparecen como excesivamente limitados y en algunos casos como meras racionalizaciones de la organización social existente. Y ante ello, han optado más bien por regresar a las fuentes del pensamiento social moderno o han emprendido una larga marcha por los caminos de la filosofía, de la

economía política o de la historia. Pero al elegir esta vía y dedicar a ella toda su atención, no se dieron cuenta que desechaban lo que precisamente los afirmaba como sociólogos: el estudio de las relaciones sociales en situaciones concretas.

Es necesario entonces una acción dirigida a rescatar el objeto de la sociología, a volver sobre su perspectiva y sobre sus métodos y sus técnicas de recolección y análisis de datos. En esta empresa deben colaborar tanto las instituciones dedicadas a la formación de sociólogos, como los egresados y los profesionales de la sociología que poseen experiencia en las labores de investigación y en los usos y aplicaciones de los resultados de las ciencias sociales a la resolución de problemas concretos. Esta recuperación sólo puede hacerse sensibilizando a los análisis sobre la especificidad de lo social; esto es, llamando la atención (a) sobre los mecanismos de control (normas, educación, costumbres, concentración del poder político, etc.) que hacen que la conducta de los individuos o de los grupos presenten ciertas regularidades que se cristalizan en estructuras, y (b) sobre las fuerzas que surgen en el interior de las sociedades, haciendo que sus estructuras se resquebrajen y den lugar al establecimiento de nuevos tipos de regularidades (el cambio social).

En consecuencia, los departamentos de sociología deben emprender con prontitud algunas reformas y ajustes curriculares. En primer lugar, deben hacer que la investigación se convierta en una labor cotidiana entre profesores y estudiantes. Debe recordarse que lo que en última instancia afirma a los sociólogos como científicos, no son sus aspiraciones sino sus realizaciones, es decir, la calidad de su producción intelectual. Una institución que pretenda formar individuos en una rama de la ciencia y que no adelante trabajos de investigación, no logrará superar el *status* de una mera escuela de capacitación (*status* en el cual se encuentran la mayoría de los departamentos de sociología del país). Allí los profesores se han convertido en unos propagandistas de las bondades de la investigación, pero nunca se comprometen en el desarrollo de un proyecto concreto que sirva de ejemplo a sus estudiantes. En segundo lugar, los departamentos de sociología deben buscar un balance adecuado entre las asignaturas generales y las profesionales. Deben tomar conciencia de que con cursos de filosofía de la ciencia o de epistemología no se forma investigadores. Estas asignaturas ofrecen una reflexión general sobre los métodos, pero en ningún momento reemplazan el entrenamiento que un joven investigador debe tener en las técnicas de recolección y análisis de datos (la estadística, el uso de cuestionarios, de entrevistas, de observaciones, etc.). Se debe rescatar, asimismo, la teoría sociológica moderna y no invertir todos los

esfuerzos en una labor de anticuario relacionada con las fuentes de la sociología. No obstante la innegable importancia de los clásicos, sólo la sociología de hoy, la sociología en acción, puede mostrarnos que esta disciplina es una ciencia con un campo y una perspectiva legítima de investigación.

En esta tarea de recuperación, los sociólogos deben comenzar también por rescatar sus temáticas. Esta sería además la única forma de establecer una relación igualitaria y enriquecedora con las otras ciencias sociales. Los sociólogos colombianos le deben al país estudios sobre los aspectos sociales vinculados al desarrollo económico; sobre las consecuencias de la industrialización y de la urbanización; sobre la dinámica de las clases sociales; sobre el surgimiento y expansión de los grupos burocráticos en la administración del Estado y de la empresa privada; sobre la vida de los desempleados; sobre la transición demográfica que vive el país como resultado de la disminución de la natalidad; y sobre la lógica de las adhesiones partidistas y la dinámica de las organizaciones políticas. Muy poco han hecho, además, los sociólogos por rescatar su propia tradición nacional de investigación so-

cial, que surgió en el siglo XIX y que de una u otra forma se ha sostenido hasta nuestros días. Todos estos temas de investigación, y muchos otros que podrían agregarse a esta lista, pueden ser cabalmente abordados por los marcos de la sociología desarrollados a lo largo de un siglo de refinamientos y de continuos progresos teóricos y metodológicos.

Esta labor de recuperación de la sociología debe partir de la asimilación crítica de las experiencias de las décadas pasadas y debe aprovecharse de los recientes aportes de la sociología norteamericana, europea y latinoamericana. Debe estrechar, asimismo, sus relaciones con las demás ciencias sociales, a las cuales no debe considerar como meras facilitadoras de datos sino como perspectivas legítimas de aproximarse al estudio del hombre. Una integración de estas diversas perspectivas, ofrecerá, sin duda, un conocimiento más completo de la sociedad colombiana, pero todo esto a condición de que la sociología también se comprometa con la investigación empírica. En caso de que ello no ocurra, la sociología no tendrá nada que integrar con la economía, con la historia o con cualquier otro campo de las ciencias sociales.